

Elegir entre el parametraje que padecemos con los milicos y este belametrage que padecemos, es un poco elegir entre la lepra o el cáncer a la piel. Y sin embargo en esas 2 lacras, en una y otra forma de silenciamiento se establecen matices.

Tal vez les suene cínico. Pero no. Se trata de una empírica y silvestre realidad. Con el gobierno militar la mordaza era mal que bien, democrática. Es decir apretaba, aunque más a la izquierda, también a la derecha. Todos nos enterábamos de las mismas mentiras oficiales y tanto a la diestra como a la siniestra se le permitía, de vez en cuando, meter su cuchara en la prensa, la radio, la TV.

Con el belametrage, salvo un par de excepciones, la izquierda se ha quedado sin voz y sin imagen. Pero esta vez la derecha —proprietaria de la comunicación— tiene toda la plaza para armar o desarmar conciencias, para inflar o silenciar, para inventar el Perú que necesita vender a los peruanos.

Y todo esto requiere de un lenguaje. Un lenguaje que parece novedoso a los más jóvenes. Y viejo, arrugadito, a quienes aprendimos a leer bien al comienzo de los años 50.

Onda retro. Como antaño ha retornado aquel lenguaje de la guerra de Corea, la guerra fría, el anticomunismo, el entreguismo agringado y colonial.

No digo —ni loco— que en tiempo de los milicos nos librarnos de las transnacionales o el imperio. Pero se establecieron modos de lenguaje más acor-

des con los usos de una república soberana. Pues en un país hecho y derecho se nombra cada cosa por su nombre. Francia es Francia y Estados Unidos, Estados Unidos. Así la Unión Soviética no es Rusia, ni China es China Roja, ni es China Taiwan.

Otra vez la retórica del macartismo acribillando al sufrido ciudadano. Otra vez "el Oso Ruso", "los esbirros rojos", "los extremistas", "los totalitarios", "el oro de Moscú" y "la Cuba de Castro". Lenguaje sectario, insolente, abusivo.

Y al mismo tiempo —qué vergüenza— desde el ministro Kuczynsky hasta las galletas Rancheritas, pasando por Petrolube, 2 marcas de trago, una de toffees, otra de artefactos y una financiera son ahora, nada menos, "amas de casa americanas prácticas y wonderful".

Otro sí digo. En el programa electoral de Canal 4 creo que Hildebrandt —por lo demás estuvo bien— se pasó de cortés con el ridículo y patán Chirinos Soto. Verdad que lo sabemos anti-comunista y siempre a la derecha de la derecha del APRA. Pero el telespectador no está obligado a soplarse sus insolentes y complicados epítetos, toda vez que hablaba de la izquierda. Todos los panelistas fueron respetuosos en el programa. Salvo el cerril abogado. Para este señor —señor es un decir— no existía Izquierda Unida sino —y poniéndose sobrio— "los extremistas del totalitarismo marxista". Y este es el lenguaje que la derecha pretende retornar. El de las cavernas. (A.C.)

ESTÁ BIEN:
HEMOS
PERDIDO.
PERO ES
FALSO QUE
NOS
ESTEMOS
DESIN-
FLANDO.



En un reciente artículo* —acucioso como todos los suyos— Alberto Flores Galindo vuelve a poner sobre el tapete la figura del primer José Carlos Mariátegui, aquel fino esteta y periodista que firmaba entre 1914 y 1918 como Juan Croniqueur. El asunto de fondo es el siguiente: ¿Existe o no una diferencia abismal entre el primer Mariátegui y el organizador del proletariado peruano que fue después? Según consigna inteligentemente Flores Galindo, a partir de una carta que Mariátegui envía al escritor argentino Samuel Glusberg en 1927, se suele dividir la vida y la obra de este escritor extraordinario en dos periodos nítidamente diferenciados: hasta 1919, y tras el paréntesis europeo, desde 1923, hasta su muerte. Sin embargo, en una entrevista concedida a Angela Ramos y que apareció en *Mundial* el 26 de julio de 1926 Mariátegui expresa: "En el fondo yo no estoy muy seguro de haber cambiado. ¿Era yo, en mi adolescencia literaria el que los demás creían?... Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética que religiosa y política, no hay que sorprenderse. Esta es una cuestión de

trayectoria y de época".

Juan Croniqueur fue un escritor precoz que se inició a los 16 años y que ensayó diversos géneros literarios: hizo poesía, cuento, teatro, pero destacó especialmente en el periodismo.

Si observamos la biografía personal de Mariátegui tenemos que coincidir con las apreciaciones de Flores Galindo: acudía al periodismo obligado por sus premuras económicas. Pero al margen de esta razón que obligó a hacer periodismo a tantos otros (Abelardo Gamarra, Felipe Pardo, entre sus antecesores), hay que destacar que el periodismo, la crónica volandera que recogía tanto el humor de la ciudad como la protesta por una injusticia específica, o la reflexión rápida pero intensa sobre un libro publicado, no era solamente un género de paso, una actividad ancilar, sino algo importante: una escuela de comunicación social. Esa prosa perfectamente puntuada, sin relieves estilísticos, pero eficaz que tanto ha popularizado a Mariátegui en nuestros días pues le permite llegar a todo tipo de lector, fue aprendida y pulida en el ejercicio periodístico.

Ciertamente Juan Croniqueur

aparece, como nos indica Flores Galindo, en esa sociedad que Jorge Basadre ha definido como "República Aristocrática", pero más allá de todas las citas conviene distinguir dos tipos de aristocracia: una, la de los civilistas, esos hombres gordos que manchaban el paisaje a Abraham Valdelomar —y hombre gordo significa un puesto en el Parlamento o en la magistratura, acciones en la banca, rechazo a toda manifestación del alma popular, vestidos oscuros en verano e invierno, absurda creencia en que los intereses del Perú eran los de su clase; y, el otro tipo de aristocracia, la de los artistas: la de Valdelomar y Mariátegui, aristocracia que hay que vincularla a esa actitud arrogante de los poetas franceses del siglo XIX, Baudelaire en especial, que no encuentran ya una clase en la que puedan apoyarse en una época en la que empiezan a escasear los Mecenases.

La burguesía en el Perú como la burguesía francesa del siglo anterior, apenas si necesitaba artistas, necesitaba sí periodistas, y felizmente no fue capaz de percibir que en sus propios periódicos se iba formando un hombre nuevo. Las anécdotas que nos re-

cuerdan a Valdelomar en los fumaderos de opio de los Barrios Altos o a Mariátegui promoviendo un escándalo en el cementerio, no son sino rasgos de ese aristocratismo que no encontraba todavía un rumbo definido, pero que estaba votando "No" respecto a la República Civilista.

Pertenece al terreno de la ucronía ponerse a pensar qué hubiera sido de Valdelomar si éste hubiera vivido más allá de sus treinta años, pero lo que hizo fue bastante: sentar las bases de una literatura genuinamente peruana, capaz de superar todo tipo de costumbrismo. Mariátegui tuvo el tino de percibir que la literatura como creación estricta: poesía, cuento, novela, no era su camino. Sabiéndolo, eligió la política como actividad principal y como ideólogo del pueblo destacó más que nadie en toda la historia del Perú republicano. Bueno es recordar que nunca dejó de ser un humanista y que supo siempre señalar la calidad allí donde apareciese: sus juicios sobre Valdelomar, Vallejo y Eguren así lo demuestran. (M.M.)

* Alberto Flores Galindo, "Juan Croniqueur". En: *Apuntes* No. 10, Lima, 1980.

Lima, 26 de noviembre de 1980

Compañero Antonio Cisneros
Director de EL CABALLO ROJO
Pte.

Apreciado Antonio:

Las últimas actividades electorales en la lucha de Izquierda Unida me impidieron, primero, leer la edición dominical de EL CABALLO ROJO en la que publicas la cordial conversación que sostuvo con el compañero Carlos Tapiá; después, reparar en algunas cuestiones que merecen de mi parte una cordial precisión para que puedan ser entendidas en un contexto más racional.

Yo no afirmé que el Partido de la Revolución se construirá necesariamente en el Perú después de la toma del Poder. Creo haber dicho que lo fundamental en nuestra patria es crear las condiciones para la lucha de nuestro pueblo y trabajar para la Revolución sin detenerse mucho en las especulaciones teóricas respecto a la vanguardia. Creo también haber sostenido lo que dijo Lenin, que un partido será la vanguardia en la medida que reúna determinados requisitos; y haberme referido a la experiencia internacional que demuestra incluso cómo en algunos casos, la vanguardia, es decir, el Partido de la Revolución, se estructura después que las fuerzas revolucionarias han alcanzado el poder (podría decir, por ejemplo, que eso ha pasado en algunos países hoy socialistas).

Tampoco pienso que afirmé que la clase obrera boliviana está ahora obnubilada. Tratando el tema de la relación que existe entre los intereses de la clase obrera de un país con los del proletariado universal, y el asunto de los intereses de hoy con los intereses históricos, sostuve —me parece— que, en efecto, la clase obrera de un determinado país —incluso Bolivia— podría obnubilarse o confundirse y NO DARSE CUENTA en un momento determinado que sus alegrías transitorias no responden a sus intereses reales o históricos y a la inversa.

Gustavo Espinoza M.